

Detúvose á los reflejos  
De aquella luz solitaria  
Y lágrima involuntaria  
Sus pupilas arrasó.  
Soltó el cerrojo, asaltada  
Por una dulce memoria  
Y al claustro precipitada  
La pobre niña volvió.

Por imbécil ó insensible  
Corazon vil que se tenga,  
Fuerza es que alguna mantenga  
Consoladora ilusion;  
Y por mas que sea odiosa  
La mansion donde se pasa  
La vida, siempre á la casa  
Se apega nuestra aficion.

Siempre, aunque sea una cárcel  
Hay un rincon olvidado  
Do alguna vez se ha gozado  
Un instante de placer,  
Y al dejarle para siempre  
Conociendo que le amamos,  
Un ¡adios! triste le damos  
Sin podernos contener.

Margarita, que encerrada  
Pasó en el claustro su vida,  
A dar una despedida  
Tornó á su amado rincon;  
Porque en la virtud criada  
Y segura en su creencia  
Uno buscó en su inocencia  
Su cándido corazon.

En un altarcillo humilde  
En un corredor alzado,  
De flores siempre adornado  
Y alumbrado de un farol,  
De una Concepcion habia  
Primorosa imagen una  
A quien calzaba la luna  
Y á quien coronaba el sol.

Era el lugar retirado,  
Mas la escultura divina  
Tan bella y tan peregrina  
Que era imposible pasar  
Por delante sin que un punto  
El celestial sentimiento  
De su rostro, el pensamiento  
Se gozara en contemplar.

Y aquel fué de Margarita  
El rincon privilegiado;  
Ni una noche se ha pasado  
Mientras en el claustro vivió  
En que allí no haya venido  
Humildemente á postrarse.  
Y en manos á encomendarse  
De la que nunca pecó

La pobre niña, agobiada  
De soledad y fatiga,  
Buscó en su encierro una amiga  
En quien creer y esperar;  
Y hallando aquella escultura  
Tan amorosa y tan bella  
Partió su amistad con ella  
Y se encargó de su altar.

Cortóla preciosas flores,  
La hizo ramilletes bellos,  
Puso escondidos en ellos  
Aromas de grato olor;  
Tendió á sus piés una alfombra  
Y en un farol que ponía,  
Conservaba una bujía  
Con perenne resplandor.

Allí fué donde alcanzando  
Aquella luz solitaria  
Vino la última plegaria  
Con lágrimas á exhalar,  
Y allí á la divina imagen  
Con voz triste y lastimera  
La dijo de esta manera  
De hinojos ante el altar;

«Ya ves que al fin es preciso  
«Que deje yo tu convento,  
«Mas ya sabes que lo siento  
«¡Oh virgen mial por tí.  
«Y puesto que de él sacarte  
«No puedo en mi compañía  
«No me abandones, Maria,  
«Y no te olvides de mí.

«Ojalá entre mis hermanas  
«Hubiera otra Margarita  
«Que con tu imagen bendita  
«Obrara como ella obró.  
«Ojalá esta luz postrera  
«Que en esta noche te enciendo  
«Estuviera siempre ardiendo  
«Mientras te faltara yo.

«Mas ¡ay! ninguna te quiere  
«Como yo, y son mis angustias  
«Pensar que estas flores místicas  
«A tus piés se quedarán,  
«Y se apagará esa vela,  
«Se ajarán tus vestiduras,  
«Y los que pasan á oscuras  
«Tu hermosura no verán.

«Al fin yo parto, Señora;  
«Mi confianza en tí sabes,  
«En prueba toma esas llaves,  
«Que conservo en mi poder.  
«Guárdalas, otra tornera  
«Elige á tu gusto ahora,  
«Y el cielo quiera, Señora,  
«Que nos volvamos á ver.»

Así Margarita hablando  
Con lágrimas en los ojos  
Ante la imagen de hinojos  
Los sacros piés la besó.  
Y dejándola las llaves  
Y encendiendo la hugia  
Traspuso la galeria  
Ganó el jardín y partió.

Quedóse el claustro recóndito  
Por el farol alumbrado  
Que dejó al irse colgado  
Margarita en el altar,  
Y solo se oyó tras ella  
El rumor del aguacero  
Y el soplo del aire fiero  
Que bramaba sin cesar.

VI.

A la mañana siguiente,  
Y al revolver una calle  
Un mancebo de buen talle  
Y resuelto continente

Con otro dió que volviendo  
La esquina del otro lado  
Con él se quedó encarado  
Cual memoria de él haciendo.

Y al fin ambos contemplándose  
A poco reconocidos  
Se abrazaron decididos  
En tal coloquio trabándose.

DON GONZALO.  
¡Por vida mia! don Juan,

¿Pues cómo en Valladolid?

DON JUAN.  
De paso para Madrid.  
DON GONZALO.

¿A las fiestas?

DON JUAN.  
Todos van.

DON GONZALO.  
Mas falta un mes todavía.

DON JUAN.  
Páreceme don Gonzalo  
Que llegar pronto no es malo:  
Ya sabéis que es mi manía.  
Do quier que de diversion

Barrunto un ligero asomo,  
Lo menos para ir me tomo  
Un mes de anticipacion.

DON GONZALO.

¿ Y para que tiempo tanto ?

DON JUAN.

Si la funcion sale huera  
Yo no me pierdo siquiera  
Todo el mes que me adelanto.

DON GONZALO.

A fe que razon os sobra  
Y á poder irme con vos...

DON JUAN.

¿ Teneis que hacer , ¡vive Dios,  
Mas que ponerlo por obra ?

DON GONZALO.

Y mi tutor ¿ que dirá ?

DON JUAN.

¿ Pensais que en este momento  
Mi padre estará contento ?

DON GONZALO.

Vos, pues..

DON JUAN.

La pregunta está  
De mas; mas ved que os aviso  
Que si os venis á Madrid

Salir de Valladolid  
Dentro de un hora es preciso.

DON GONZALO.

¿ Cosa es tan desesperada ?

Yo nada tengo dispuesto.

DON JUAN.

Por Dios que es grave pretexto!

Jamás dispongo yo nada

Y logro cuanto deseo.

DON GONZALO.

Los medios que usais ignoro.

DON JUAN.

¡ Busco un puñado de oro,

Tomo un jaco y Laus Deo !

DON GONZALO.

¡ Yal jacos tengo yo dos,

¡ Mas dineros...

DON JUAN.

¡ Grande afan !

Vended el uno á un chalan  
Y echad el otro vos.

DON GONZALO.

Dadlo por hecho.

DON JUAN.

Atended

Don Gonzalo, mejor fuera  
Tomar un coche si hubiera.

DON GONZALO.

¿ Pues qué tiene su merced  
Que le estorban los caballos ?

DON JUAN.

¿ Qué sé yo ? tengo una yegua  
Que apenas anda una legua...

DON GONZALO.

Se resiente de los callos,

Eh ? pero como gustéis,

Decision es lo que importa.

DON JUAN.

Pues la cuestion es muy corta,  
Mis dos caballos podeis

Vender tambien y en una hora

Yo tendré coche buscado,

Pues va otro asiento ocupado.

DON GONZALO.

¿ Por quién ?

DON JUAN.

Por una señora.

DON GONZALO.

¡ Hablárais para la noche,  
Cuerpo de tal !

DON JUAN.

Bien, pues id,

Y á las puertas de Madrid

Vos con oro y yo con coche

Dentro de una hora estaremos;

Mas no digais donde vamos

Que somos dos y bastamos

Para ir como merecemos.

DON GONZALO.

Iré.

DON JUAN.

La hora cabal.

DON GONZALO.

Ya vereis mi rapidez,

Allí estoy fijo á las diez.

DON JUAN.

Pues eso es lo principal.

Y así diciendo á buen paso

Partieron á su destino

Cada cual por su camino

Y no en brazos del acaso.

Que eran amigos antiguos,

Y en el tiempo que escolar

Fué don Juan, para habitar

Tomaron cuarto contiguos.

Por eso se conocian

Tan á fondo ambos á dos,

Y el uno del otro en pos

Mil locuras emprendian.

Y aquí, lector, por no ser

En demasia prolijo

Que te imagines elijo

Lo que pudo acontecer.

Pues los mil inconvenientes

Que ambos de orillar tuvieron,

Y el cómo se compusieron

Para obrar tan diligentes,

Te aseguro que se ignora;

Mas lo cierto de este asunto

Es que estuvieron á punto

Al concluirse la hora.

Daba las diez el reló

Y el coche les aguardaba,

Y don Gonzalo llegaba

A quien don Juan demandó:

DON JUAN.

¿ Qué hay don Gonzalo ?

DON GONZALO.

Tomad.

—¿ Cuánto ?

—Sesenta doblones.

No pude de esos bribones

Conseguir mas caridad.

—¡ Bah ! don Gonzalo , si os pesa

Que el número sea tan vil,

Yo traigo aquí mas de mil

Para ayuda de la empresa.

—Adelante pues.

—¡ Pues ea !

Mayoral pica el ganado ,

Que el viaje será apreciado

Conforme el camino sea.

Y al punto sin mas azares

Aprontaron el transporte

Y echaron hácia la corte

De Olmedo por los pinares.

Eran seis meses despues,

Y trocada la fortuna

Estaba ya para todos,

Que todo el tiempo lo muda.

Lanzados del mar del mundo

Entre la corriente turbia

Margarita, don Gonzalo,

Y don Juan, los tres á una

Las heces de los deleites

Apuraban en hartura

Repletos hasta el hastío

De sus delicias inmundas.

Pasado habian las fiestas

Que los reyes acostumbran

A dar á sus pueblos cuando

Su padre baja á la tumba.

Fueron las que el Conde-Duque  
Dió á Felipe Cuarto muchas,  
Y ellos corrieron en ellas  
En brazos de la locura.  
Y de su oro disipada  
La crecidísima suma,  
Harto don Juan de la monja  
Que sus desvios acusa,  
Dudosa de los dos mozos  
La amistad, que poco dura  
Entre quien de ella pagándose  
Inconsiderado abusa,  
Del porvenir de los tres  
El horizonte se anubla,  
Y la discordia fermenta  
Dentro sus almas oculta  
Y tantas nubes preñadas  
De descontento se agrupan,  
Que está la tormenta próxima  
A desatarse con furia  
Al menor soplo de viento  
Que la impela ó la sacuda  
¡Tan poco del mundo estéril  
Las satisfacciones duran!  
Don Gonzalo, que debiera  
Mirar de don Juan la mucha  
Generosidad mostrándole  
Ciega confianza mútua  
Pues usa de cuanto tiene  
Y hasta de su nombre usa,  
De su amistad poco á poco  
Afloja las ligaduras.  
Sus negocios le recata,  
De sus conquistas nocturnas  
No le dá parte, y descubre  
A Margarita las suyas.  
De un lado atiza los zelos,  
De otro sospechas abulta,  
Y en fin su próxima vuelta  
A sus hogares anuncia.  
Don Juan no lo siente y calla,  
Porque don Juan no se cura  
Mas que de vivir gozando  
Mientras que sus oros triunfan,  
Y don Gonzalo que advierte

Que estos están en las últimas  
Pretextos busca á sus solas  
Para afeár su conducta,  
Que es don Gonzalo hombre pérfido  
Que la envidia disimula  
De quien es mejor que él,  
Y cuya alma no renuncia  
A una venganza que siempre  
A medios mezquinos junta:  
Discolo en fin, aunque acaso  
Su educacion le disculpa.  
Y entre aquestos dos espíritus  
Maléficos que la turban  
Margarita el hondo caliz  
De las desdichas apura.  
Margarita, que engañada  
Consintió necia en la fuga  
Y salió exhalada al mundo  
De los deleites en busea,  
Cual mariposa perdida  
Por el aura que perfuman,  
Mil flores entre las cuales  
Vaga errando de una en una  
Mas que al apoyarse en ellas  
Se estremecen y la asustan,  
Y aturdida y fatigada  
No osa parar en ninguna.

Hoy siente que la atormenta  
Melancolia profunda,  
Y unos tras otros sus días  
En el pesar se sepultan.  
Y vé sus mil ilusiones  
Que al principio se agrupan,  
Del abismo de la nada  
Donde con mano insegura,  
En los bordes se mantienen  
En desesperada lucha,  
Y unas tras otras al cabo  
Sin remedio se derrumban.

«En donde están (se decía)  
«Los sueños de mi ventura?  
«Aquel país encantado  
«Que exento estaba de angustias,

«Cuadro espléndido y magnífico  
«Con una sola figura,  
«Que era ese don Juan que ahora  
«Duelos sobre mi acumula!  
«¿Por que le he creído, necia?  
«¿Por qué le he creído nunca?  
«¿Qué he encontrado yo en sus brazos  
«Sino ficción y locura?  
«¿Qué me ha dado en sus caricias  
«A beber más que cicuta?  
«¿Qué espero de sus promesas  
«Sino que jamás se cumplan?  
«Arrastrada entre sus vicios,  
«Y entre sus orgías impuras  
«Su amor me devora el alma  
«Y él se harta de mi hermosura!  
«Si, por otro amor me deja  
«Encerrada en esta oculta  
«Mansion, mientras él va ciego  
«Tras de quien su amor rehusa.  
«Tras esa beldad vendida,  
«Que abre á la codicia pública  
«Sus gracias, para que vaya  
«A hozar en ellas la chusma;  
«Y cuyos torpes aplausos,  
«La envilecen y la ensucian,  
«Pues la apellidan á un tiempo  
«Celestial y prostituta.  
«¡Ah! los celos me devoran  
«La envidia, el odio me abruman.  
«¡Yo le amo!... y es imposible  
«Que su indiferencia sufra.  
«Él me sedujo; él mis ojos  
«Abrió á la luz de la culpa;  
«Yo era una pobre inocente,  
«Mi alma era cándida y pura,  
«Sus palabras me eran dulces  
«Como una lejana música,  
«Mas ardientes que un volcán  
«Y más que una lanza aguda.  
«¿Qué hiciera yo más que oírse las  
«Con idolatría estúpida?  
«¡Ay! ¿quien pudiera tornarme  
«A mi sencillez inculta  
«Y á mi inocencia del claustro?

«¿Quién amansara la furia  
«De este amor y esta conciencia,  
«Que para herirme se juntan?»

Y es cierto cuanto en su duelo  
La niña infeliz pronuncia,  
Porque don Juan la abandona  
Harto ya de su hermosura.  
Mozo sumido en los vicios  
De juventud disoluta,  
Todos los gustos le cansan  
Si más de una vez los gusta.  
Y mientras hallaba encantos  
Su pasión entonces única,  
De la bella Margarita  
En la virtud, su alma impura  
Adoraba sus hechizos  
Locamente, y más la lucha  
Con su virtud empeñaba  
Aun de su victoria en duda;  
Pero al punto en que sus ansias  
Que por eternas la jura,  
Trasladó á su corazón,  
Ya de su amor se disgusta,  
Y pues no espera otros nuevos,  
A sus placeres renuncia.  
Y sus caricias le cansan,  
Y le enojan sus preguntas,  
Y le fastidian sus quejas,  
Y su compañía excusa,  
Y ella acosada de celos,  
Y herida de sus repulsas  
Sus pensamientos acecha,  
Y sus palabras estudia.  
A veces desatinada,  
Y colérica le insulta,  
A veces los pies le besa,  
Y á veces humilde y muda  
En cuantos gustos le advierte,  
Darle contento procura.  
Mas él ni una mirada  
Su amarga aflicción la endulza,  
Ni una palabra la dice  
Que confianza la infunda,  
La espalda vuelve en silencio

Y tal vez con una injuria  
 Compensa sus atenciones  
 Que no lo agradece nunca,  
 Y ella se queda llorando,  
 Y él sale, la faz ceñuda  
 Tras una mirada incierta  
 De la bailarina impúdica.  
 Y entre tanto don Gonzalo  
 Que calla, mira, y escucha  
 Cobra hastío de don Juan,  
 Cuya elegancia y bravura  
 Se llevan la primer parte  
 En amores y fortunas:  
 Y él tiene mas que le pese  
 Que apechar con la segunda,  
 Que es cual todos los imbéciles  
 Que con los pillos se juntan  
 Un inferior que acompaña  
 O que divierte ó que ayuda,  
 Pero al fin del sol del otro  
 Satélite que no alumbrá.  
 Mas van tres meses que arde  
 Oculto el fuego, y en suma  
 No puede cumplirse el cuarto  
 Sin que á incendio se reduzca.

VII.

LANCES IMPREVISTOS.

Era una noche de aquellas  
 Tristes, nubladas y lóbregas  
 En que la luz de los astros  
 Rasgar no puede la atmósfera,  
 En que un vapor se respira  
 Que en vez de aliviar sofoca,  
 Y en que la calma parece  
 De desastres precursora.  
 Don Juan, en un negro acceso  
 De calentura amorosa  
 Y al ver que ni una sonrisa  
 Del a bailarina logra  
 Dejó su casa llevando  
 Con él su riqueza toda,  
 Y resolvió por el juego

Tentar la fortuna loca.  
 Lanzóse pues en sus brazos,  
 Pero la inconstante Diosa  
 Mostrábale como siempre  
 La faz amenazadora.  
 Quedábanle ya tan solo  
 Sus diez postrimeras doblas  
 Cuando á una carta, sin tino  
 Levantándose, tirólas.  
 La suerte fué aquella vez  
 Menos cruda que las otras,  
 Pues se cambió de repente,  
 Y él que jamás la malogra  
 De oro y de amor insensato  
 En la sed que le devora

Todo de una vez lo arriesga,  
 Todo de una vez lo cobra.  
 Y comprimidos los labios,  
 Las pupilas en las órbitas  
 Rodando desconcertadas  
 Burlando la astucia pronta  
 De los jugadores pálidos  
 A quien impone su torva  
 Mirada, el mozo impertérrito  
 Oro sobre oro amontona,  
 Ya juegan sobre palabra  
 Y en vez de monedas joyas,  
 Y don Juan que ve su suerte  
 Las admite y las abona.  
 Ansiosos la tientan todos  
 Una vez y otra vez y otras,  
 Mas siempre en vano, el mancebo  
 Va tan certero que asombra.  
 En fin, don Juan satisfecho  
 De fortuna tan dichosa  
 Se alzó, asomando á sus labios  
 Una sonrisa diabólica.  
 Nadie le habló una palabra,  
 Ni saludó él á persona,  
 Guardó el dinero sin cuenta  
 Y devolviendo las joyas  
 Tomó la puerta en silencio;  
 Y aquellos á quien despoja  
 Le vieron por la escalera  
 Sumirse como una sombra.

« Todo lo puede el dinero, »  
 Dijo en la calle á sus solas,  
 « Lo que al valor no se rinde  
 « Con la riqueza se compra.  
 « Veremos pues si con oros  
 « Hacemos mas que con horas. »  
 Y así hablando, en el teatro  
 Compró silla y ocupóla.  
 Era ya tarde y la fiesta  
 De aquella noche era corta,  
 Que daban una comedia  
 De Lope, sin otra cosa.  
 Estaba pues concluyéndose  
 Cuando entró: mas era otra

Su intencion que la de oirla,  
 Porque concluida toda  
 Fuése al vestuario y con maña  
 Lamando á parte á una moza  
 Que él sin duda conocia  
 La interpeló en esta forma.  
 « Toma esos ocho doblones,  
 « Y á esa Sirena engañosa  
 « A quien sirves, si te estimas,  
 « Dirás lo que aquí me oigas.  
 « Y es: que hay un noble extranjero  
 « Que al verla tan seductora  
 « Volver no quiere á su patria  
 « Sin un adiós de su boca.  
 « Que si mañana en su casa  
 « Cenar con él no la enoja  
 « En presencia de un amigo  
 « Y de una fiel servidora  
 « Recibirá mil doblones  
 « Para recuerdo de la honra.  
 « Conque olvidarte procura  
 « De que yo soy la persona  
 « Que irá á cenar, y no olvides  
 « Que el amigo será un momia,  
 « Que tú serás quien nos sirva,  
 « Y que por cuenta redonda  
 « Bien te dará cien doblones  
 « Quien la dá doscientas onzas. »  
 Y así acabando don Juan  
 Hasta los ojos se emboza  
 Y parte, añadiendo bajo:  
 « Hasta mañana á estas horas. »

Quedó la criada un punto  
 Embebecida y absorta  
 Sin una idea en el alma  
 Ni una palabra en la boca,  
 Viendo como por la entrada  
 De una escalerilla angosta  
 El impetuoso don Juan  
 Se hundia como una sombra.  
 Que siempre aturde y fascina  
 La vista de una persona  
 Que tantos doblones gana,  
 Y tan sería los derrocha.

En un lujoso aposento  
Y en derredor de una mesa  
De viandas exquisitas  
Y ricos vinos cubierta,  
Sentada entre don Gonzalo  
Y don Juan está Sirena,  
Para ambos encantadora  
Mas para don Juan risueña.  
Es la tal una hermosura,  
Danzante, que apenas cuenta  
Veinte y dos años de vida,  
Mas en el arte maestra.  
Y si va á decir lo cierto  
La chica es como una perla,  
Y fina como un coral,  
Aunque hay una diferencia;  
Que perla y coral con arte,  
Con red y estacion se pescan  
Y aquí sucede al contrario,  
Pues la pescadora es ella.  
Sirena la llama el vulgo,  
Y en verdad que no hay Sirena  
Ni de voz mas seductora,  
Ni en los encantos mas diestra.  
Dice ella que tiene padres  
En Jerez de la Frontera,  
Aunque esto de su progenie  
Maldito lo que interesa;  
Porque ella es cosa lindísima  
Y aunque de cuerpo pequeña,  
Es acabada de formas  
Muy delicada y esbelta.  
Tiene los cabellos negros,  
La tez purísima y fresca,  
Que puesta á distintas luces,  
Puede ser blanca ó morena.  
Manos torneadas y puras,  
Mirada brillante y tierna,  
Y dos lindos piecitos  
Tan menudos que á no verla,  
Usarlos tan fácilmente  
Nadie á sus solas creyera  
Que todo su cuerpo en ellos  
Sin peligro se mantenga.  
Tal es la Sirena hermosa

Con quien esta noche cenan  
En compañía algo libre  
Alarcon y su colega;  
Y tales son las palabras  
Que en tal punto se atreviesan  
Entre el vapor de los vinos  
Y el humo de la opulencia.

SIRENA.

¿Y á qué extranjero fingiros  
Cuando extranjero no erais?

DON JUAN.

Tu vanidad consultando,  
Porque de lejanas tierras  
Viniendo, al son de tu fama  
Mas fácil te envanecieras.

SIRENA.

¿Y á qué fingiros tan pobre  
Dueño de tantas riquezas?

DON JUAN.

Para probar si podian  
Mis particulares prendas  
Adquirirme lo que al cabo  
Me compraran mis monedas.

SIRENA.

Quiere decir que de dos  
Mal os salió una experiencia.

DON JUAN.

Quiere decir que he tendido  
Dos redes para una cierva.

SIRENA.

Pero ella saltó por una.

DON JUAN.

Pero en otra quedó presa,  
Y es muy distinto, querida,  
Ser de una ú otra manera,  
Pues que en la una hubo maña,  
Y en la otra maña y fuerza.

SIRENA.

Quiere decir...

DON JUAN.

Te equivocas.

La interpretacion es esta:  
Si en las redes del amor  
Incautamente cayera,  
Fuera conservada ó libre

Acaso por su inocencia,  
Pero á la fuerza rendida,  
Sin mas azar ni defensa  
Será olvidado en una hora  
Su precio por su torpeza.  
Y esta es la interpretacion  
Del hecho y la diferencia  
De amor que gana y estima  
Y amor que compra, usa y deja.

Y á estas palabras mordiéndose  
La bailarina la lengua,  
Cambió de copa don Juan,  
Y destapó otra botella.  
Hubo aquí una breve pausa  
Durante la cual respuesta,  
Con una sonrisa de ángel  
Al de Alarcon dijo ella.

SIRENA.

Buen cazador sois, don Juan.

DON JUAN.

Y vos excelente pieza.

SIRENA.

¿Siguierais mucho la pista?

DON JUAN.

Hasta hallar la madriguera

SIRENA.

¿Y si era falsa la boca?

DON JUAN.

Yo atinara con la cierta.

SIRENA.

¿Y si salir no queria?

DON JUAN.

Yo me pondria en espera.

SIRENA.

¿Por empeño?

DON JUAN.

Por empeño.

SIRENA.

¿Y durara?

DON JUAN.

Hasta cojerla.

SIRENA.

Figuraos pues que asoma.

DON JUAN.

Me preparo.

SIRENA.

¿Y si se entrega?

DON JUAN.

Tiendo la mano y la cojo.

SIRENA.

¿Y si muerde?

DON JUAN.

Norabuena,

Sóbrame á mi mucha maña

Y al cabo se hará doméstica.

SIRENA.

Brindad pues y olvidad eso.

DON JUAN.

A su orgullo!

SIRENA.

A su obediencia!

DON JUAN.

Espera ¿quién canta ahora,

El amor ó la Sirena?

SIRENA.

El amor está vencido.

DON JUAN.

¿Y la encantadora?

SIRENA.

Muerta.

DON JUAN.

En ese caso, alma mia,

Brindemos y echarle tierra.

Brindaron ambos á un tiempo,  
Y las amistades hechas  
Mas estrepitosa y franca  
A ser empezó la fiesta;  
Bebe don Juan sin cuidado  
Que el vino jamás le altera,  
Bebe don Gonzalo poco,  
Mas se turba su cabeza;  
Y sus mas hondos secretos  
Sin rebozo manifiesta,  
Que el daño de los licores  
Por la alegría comienza.  
Crujen los brindis sin número,  
Crece la orgía sin reserva

Y ya ni voces ocultas  
Ni pensamientos se dejan.  
De amor y placer se trata,  
Y entre el son de las botellas  
Crujen los besos perdidos  
Y los requiebros penetran.  
De amor loco está don Juan,  
Prendada de él está ella,  
Don Gonzalo bebe y toma  
La callada por respuesta.  
Don Juan improvisa y canta  
Y al compás de su vihuela  
Gira en danza voluptuosa  
La bellissima Sirena,  
Y en un sillón don Gonzalo  
Sentado y tendido á medias  
Como una sombra fantástica  
Embebido la contempla,  
Ella sutil como el aire  
Y como el aire ligera  
Gira enredador pasa y huye  
Como aparicion risueña,  
Flota su falda plegada,  
Sus cabellos se destrenzan,  
Radian sus ojos ardientes  
Luz mas viva á cada vuelta,  
Y cuanto del baile rápido  
Mas los circulos estrecha  
Mas los mágicos hechizos  
De sus perfecciones muestra,  
Y el velo con que sus manos  
Primorosamente juegan  
La variedad de sus formas  
Y sus encantos aumenta.  
Y segun rápidamente  
Le recoge ó le despliega,  
Le anuda, enlaza y con él  
O se cubre, ó se rodea,  
La alegoria que finge  
Graciosamente renueva.  
Ya es una Náyade errante,  
Ya una Venus hechicera,  
Ya la Aurora fugitiva  
Flores derramando y perlas,  
Ya el Iris tornasolado

Y ya la Fortuna inquieta,  
Y su flotante figura  
En el ambiente deshecha,  
Confundido sus contornos  
Por su rapidez aérea  
Ante los ojos parece  
Mágica ilusion que vuela  
Sobre el rumor que producen  
Sus vestiduras de seda  
Y el perfume que despiden  
A merced del aire sueltas  
Cuando los muebles pasando  
Ligerisimas tropiezan  
Y gira y cruza y resbala  
Y los sentidos no aciertan  
Si de ella nace su impulso  
O el aire sutil la lleva.  
Hasta que al fin fatigada  
Sobre un almohadon se sienta  
Mas seductora que nunca  
Y mas que nunca halagüeña.  
Y mientras don Juan de besos  
Y de caricias la llena,  
Don Gonzalo los aplaude  
Trastornada la cabeza.  
«Bravo, exclamó, solo falta,  
Margarita.»—A cuya necia  
Exclamacion levantóse,  
Como una tigre Sirena,  
Y con don Juan encarándose  
Desencajada y colérica  
¿Quién es esa Margarita?  
Le dijo de rabia trémula.  
Quedóse un punto don Juan  
Sin acertar la imprudencia  
A componer á su amigo,  
Quien á carcajada suelta  
Sin ver el fuego que atiza  
Les añadió por respuesta:  
«A fe que es linda muchacha!  
«Y ahora que se me acuerda  
«Pues en casa estará sola  
«Su compañía me peta.»  
Y asíó su capa esto dicho  
Corroborando la idea.

—Gonzalo, exclamó don Juan,  
A no mirar que la lengua  
Os entorpece el Jerez  
Ya os encontrarais sin ella.

—Pues os digo que me agrada  
Y pues su merced la deja  
Pido como prenda antigua  
Para tomarla licencia.

—Eso sí, si la pedis  
Llevaosla norabuena,  
Mas cuando al fin os fastidie  
A su convento volvedla.

—¿Conque es monja? ¡vaya un lance!  
Tengo yo una hermana lega  
En un convento metida  
Para birlarla una herencia,  
Y aunque en mi vida la he visto  
Solo por recuerdo de ella  
Lo haré como lo decis.  
¿Y á qué convento?

—A Palencia.  
Y á las monjas de Jesus  
De donde es.

—Jesus me tenga!  
—¡Calla! ¿qué os da don Gonzalo?  
—Decidme por vida vuestra  
Don Juan, ¿Cuál es su apellido?  
—Cosa don Gonzalo es esa  
Que jamás la he preguntado.  
Mas ¡voto va!... ¡lance fuera!  
No es Bustos vuestro apellido?  
—Sí.

—Pues Bustos es el de ella.

Quedó tal oyendo Bustos  
Inmóvil como una piedra  
Y en carcajada ruidosa  
Rompió la infame Sirena.  
Siguióla don Juan á poco  
Diciendo: «¡cosa como ella!  
«¿Quién demonios lo pensara?  
«Pero en fin ya es cosa hecha.»  
Y dobló las carcajadas  
Con la bailarina, mientras  
De don Gonzalo se iban

Coordinando las ideas.  
Hasta que el vapor de la orgia  
Disipado con la fuerza  
De su deshonra arrojóse  
Sobre don Juan con fiereza,  
Mas sentóle este los puños  
En el pecho, y con la mesa  
La lámpara y la bajilla  
Vino don Gonzalo á tierra.

La bailarina se puso  
Por medio de ellos resuelta  
Diciendo á tiempo: «Señores,  
«Que están en mi casa vean!»  
—Don Juan, á la calle vamos.  
—Vamos don Gonzalo fuera,  
Que es cosa que ya no tiene  
Mejor compostura que esa.

Alborotóse la casa  
Hubo lágrimas y quejas,  
Y el aposento asaltaron  
Los pajes y las doncellas.  
Mas don Juan les tuvo á raya,  
Añadiendo con firmeza:

¡Atrás, canalla! y silencio:  
Y tú, amiga, ten paciencia,  
Que como escape con vida,  
Volveré cuanto antes pueda.  
—Si sois valiente, don Juan,  
Cuando gustéis dad la vuelta.

—Advierte que no te pido  
Ni consejos ni licencia  
Que yo te sigo la pista  
Por voluntad ó por fuerza.  
—Pues volved sin compañía  
Y encerrad á la manceba.  
—Ten esa lengua de vibora  
Y no te pases en cuenta  
Que de rendirse á venderse,  
Hay una distancia inmensa.

Y así diciendo don Juan,  
Tiró un bolsillo en la mesa,  
Y dejó el puesto encajándose  
El sombrero hasta las cejas.